

JESÚS OJEDA

LA “APUESTA POLÍTICA” EN LA FILOSOFÍA DE BLAISE PASCAL: VIDA INAUTÉNTICA Y GRANDEZA HUMANA

Resumen: El objetivo fundamental que perseguimos en este artículo es mostrar la pertinencia y la actualidad de la “apuesta política” de Blaise Pascal que se encuentra esbozada, fundamentalmente, en su obra *Pensamientos*. Para desarrollar este propósito he partido por circunscribir al filósofo francés dentro un pre-existencialismo a partir de la categoría de vida inauténtica caracterizada por la diversión. En un segundo momento presento la perspectiva religiosa que el autor plantea como una vía expedita que permite la salida del estado de inautenticidad. Finalmente, establezco el marco teórico desde el cual consideramos que la propuesta política pascaliana nos ofrece pautas antropológicas, éticas y políticas para comprender y actuar de forma audaz en los nublados tiempos presentes.

Palabras clave: vida inauténtica, religión cristiana, apuesta política.

THE “POLITICAL BET” IN BLAISE PASCAL'S PHILOSOPHY: INAUTHENTIC LIFE AND HUMAN GREATNESS

Abstract: The fundamental objective that we pursue in this article is to show the pertinence and timeliness of Blaise Pascal's “political wager” that is outlined, fundamentally, in his work: *Thoughts*. In order to develop this purpose, I have started by circumscribing the French philosopher within a pre-existentialism based on the category of inauthentic life characterized by diversion. In a sec-

ond moment, I present the religious perspective that the author proposes as an expeditious way that allows the exit from the state of inauthenticity. Finally, I establish the theoretical framework from which we consider that Pascal's political proposal offers us anthropological, ethical and political guidelines to understand and act boldly in the present cloudy times.

Keywords: inauthentic life, christian religion, political wager.

Preámbulo

Los filósofos preocupados por los problemas éticos han establecido, a través del tiempo, ciertos parámetros para orientar y evaluar la existencia humana en sus caracteres, vicios y virtudes, vale decir, en sus debilidades y en sus grandezas. Para esto se han valido de los conceptos de bien-mal, correcto-incorrecto, válido-inválido, justo-injusto. Otros, que se hallan dentro de la corriente existencialista, parten del par auténtico-inauténtico como categoría valorativa para resaltar ciertos talantes modélicos de vida o para poner en cuestionamiento los diferentes modos a los que el individuo recurre para evadir su libertad y responsabilidad social: mala fe, diversión y vida estética.

Hoy asistimos al hecho de que los criterios evaluativos de mayor trascendencia que hasta ahora han servido para orientar socialmente las acciones de los individuos o para diferenciar una vida ejemplar de una despreciable han perdido, según algunos críticos, su fuerza guiadora y persuasiva. Como seguimiento de esta debatible cuestión y en búsqueda de otras luces pensamos que la propuesta del filósofo Blaise Pascal en torno a las “formas de la vida” nos puede orientar para comprender la dinámica de la época presente. El filósofo francés nos brinda una visión del hombre despojada de ilusiones, una crítica del mundo y una apología de Dios que trascienden su contexto histórico por cuanto son abordadas como constantes de la relación inmanencia-trascendencia.

IncurSIONAREMOS en los tres aspectos señalados a partir de sus implicaciones éticopolíticas, de su pertinencia y vigencia. En una primera instancia ubicaremos al filósofo francés dentro una especie de pre-existencialismo con la finalidad de analizar la categoría de “vida inauténtica” en su carácter evasivo de la muerte y de la condición humana miserable. La manera en la que Pascal afronta este estilo de vida es la “diversión” que es un actuar caracterizado por la huida, el

dominio de la imaginación, el eclipse de la conciencia y por estar expandida en todas las condiciones sociales.

En una segunda etapa presentaremos los argumentos que Pascal nos ofrece para sostener que la aceptación de la religión cristiana es el camino que concierne para que el hombre acepte plenamente su condición humana y pueda salir de su estado de dispersión o de entretrenimiento. También abordaremos, en sus elementos esenciales, el concepto de “apuesta religiosa” con la que el filósofo francés trata de persuadir, por medios probabilísticos, a los incrédulos, escépticos y libertinos para que orienten sus vidas hacia Dios en procura de la salvación.

Luego nos planteamos desarrollar, en un último apartado, una hipótesis de trabajo que es la fuente que nutre todo el artículo. Consiste en mostrar que, a pesar de la fragmentación teórica y su aparente carácter secundario, existe una “apuesta política” pascaliana cubierta por un sentido de invitación y que corre paralela al marcado despliegue del enfoque religioso. Se trata de una apuesta con cánones y procedimientos no dogmáticos, con un perdurable interés estimulante y válido para la orientación en el mundo de hoy. En ella Pascal nos brinda una visión antropológica realista en la que se toma en cuenta tanto la miseria humana como su grandeza. También, nos perfila un estilo de hacer crítica cuando se trata de combatir la tiranía y los dogmatismos religiosos, filosóficos y políticos. Por último, exhorta al ser humano a estar siempre alerta frente a los cambios que ocurren a su alrededor para así no perder de vista el horizonte de su grandeza que lo constituye: el pensar.

La aproximación que hacemos al pensamiento filosófico de Pascal a través de los conceptos de inautenticidad, diversión y de apuesta política está inspirada en la necesidad de encontrar en el pasado algunas pistas que den fuerzas o impulsos para enfrentar realidades sociales complejas y extremadamente volátiles como las actuales. En esta dirección, el espíritu que acompaña esta investigación es más hermenéutico que de cuestionamiento, esto es, más orientado a la comprensión que a la búsqueda de contradicciones o puntos teóricos polémicos del filósofo francés. No obstante, en algunos casos daremos, a pie de página, la referencia o expondremos sintéticamente las posiciones críticas al pensamiento pascaliano.

1. La vida inauténtica: la diversión como escamoteo de la miseria humana

Quisiéramos empezar este apartado con una breve aclaratoria en torno a una posible ubicación del pensamiento de Pascal en la historia de la filosofía. No encontraremos en las obras del filósofo francés una sistematización sobre la “vida inauténtica” que es un concepto clave en el existencialismo contemporáneo. Sin embargo, sí podemos hallar en sus obras una concepción del hombre que prefigura el espíritu que emana de las filosofías existencialistas. Con razón Peter Sloterdijk señala que no podía tardar en ocurrir que “los pensadores del existencialismo, tanto del cristiano como del no cristiano, presintieran en Pascal al alma afín durante la primera mitad de nuestro siglo”.¹

No es necesario forzar las expresiones pascalianas sobre la existencia humana para ajustarlas a los términos de un Jean Paul Sartre, un Albert Camus o de un Carl Jaspers ya que Pascal aborda tópicos semejantes a estos autores, pero en un diverso contexto histórico-semántico y con diferente fin. De hecho, en todos ellos encontramos asuntos como la angustia, el aburrimiento, la nada, el devenir humano, la fatuidad, el desamparo, entre otros.

He recurrido a la expresión “vida inauténtica” para integrar diferentes conceptos existenciales que en el andamiaje teórico pascaliano (*Les Pensées*) se hallan fragmentados, separados o poco relacionados. También me valgo de dicho giro para dar cuenta de las ideas de solapamiento, escape, ocultamiento, no pensar, olvido y rechazo como las vías utilizadas por un individuo para no asumir con responsabilidad el deber consigo mismo que se traduce tanto en la aceptación de su condición limitada y transitoria como para desplegar su grandeza o su pensamiento.

El caso emblemático analizado por Pascal para dar cuenta de la vida inauténtica es la “diversión”. Sin embargo, habría que aclarar que, dentro de este tipo de vida, existen otras tres facetas que tomaremos

1 Sloterdijk, P., *Temperamentos filosóficos. De Platón a Foucault*, Trad. Jorge Seca, Madrid, Ediciones Siruela, 2011, p. 55.

en cuenta al estudiar la "apuesta política": la vanidad, la costumbre y la imaginación.

Ahora bien, la concepción antropológica de Pascal se caracteriza por darnos una visión del ser humano extrema y hasta paradójica dominada por dos inclinaciones encontradas. Una que lo impulsa a buscar la diversión (*divertissement*)² y otra que lo induce a la grandeza. Estas dos tendencias instauran en cada individuo una confusa empresa que se esconde en el fondo de su alma fuera de su "vista racional" y que le lleva a tender hacia el reposo por medio de la agitación. De esta manera, se figura siempre que puede abrir las puertas de la felicidad o de una vida reposada si logra, a través de las diversiones y las ocupaciones, allanar los escollos frente a las satisfacciones que no tiene y las dudas que lo acicatean.

Exploremos esta tendencia humana a la diversión través de sus múltiples expresiones, implicaciones ético-políticas y la salida tanto religiosa como social. De acuerdo con Pascal todos los infortunios o las penurias de los hombres proceden de una sola cosa: no saben quedarse "tranquilos en un cuarto".³ Lo más insoportable para un individuo es el total reposo —sin ocupaciones, sin interés, sin diversiones— porque al quedarse solo experimenta su nada, su abandono, su vacío y su dependencia con respecto a todas las cosas. Una situación que lo hunde en el aburrimiento o "(tedio) (*ennui*), la negrura, la tristeza, la pena, el despecho, la desesperación".⁴

2 Para algunos autores, las ocupaciones y las diversiones no sólo muestran al hombre anclado en la dispersión, sino que dichas actividades (externas) tienen una relación necesaria con la condición humana. En esta dirección, David Hume nos dirá: "la mente es de suyo insuficiente para entretenerse consigo misma, de modo que busca naturalmente algún objeto extraño que pueda producirle una viva sensación, agitando sus espíritus animales" (Hume, D., *Tratado de la naturaleza humana II*, Trad. Félix Duque, Madrid, Ediciones Orbis, 1981, p. 540 [352-353]). En este caso, no se trata de una búsqueda que expresa debilidad o infelicidad sino de una necesidad de relacionarse con las cosas en el sentido de complacencia, exploración o conocimiento.

3 Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales. Escritos científicos. Opúsculos y Cartas*, Trad. Carlos R. de Dampierre, Madrid, Ediciones Alfaguara, 1981, p. 412 [136 – 139]. Esta es la edición que utilizaremos en toda nuestra investigación. En las citas colocaremos, además de las páginas, entre corchetes los fragmentos pascalianos correspondientes.

4 *Ibid.*, p. 539 [622 – 131].

El filósofo francés da una serie de ejemplos de la vida cotidiana con la finalidad de mostrar el secreto impulso que lleva a los individuos a buscar la diversión y que los empuja incluso a no valorar la muerte de un ser querido o el dolor, la tristeza y los pensamientos penosos que pueda sentir. Los entretenimientos no se buscan por el dinero del juego, el éxito en la caza de una liebre, los peligros de una guerra, los beneficios de un alto cargo, las fatigas de las labores o ganar una competencia. Lo que importa es el hecho de la búsqueda en sí⁵, esto es, el ruido, la conmoción, la ocupación impetuosa o el trastorno que aportan para que el individuo no piense en su desgraciada vida. Así, paga el precio de caerse de un tejado⁶ por el placer de atrapar una pelota y la tensión de ganar una apuesta o se ve exento de aflicción aun cuando haya muerto su esposa e incluso su único hijo.

Este tipo de situación, según Pascal, no solamente se da en la gente sencilla o en los hombres comunes, sino que de igual manera se encuentra cuando se trata de cortesanos, nobles, magistrados, libertinos o de reyes. Con respecto a esta última figura, el propio filósofo nos advertirá: “que se deje a un rey solo, sin ninguna satisfacción de los sentidos, sin ninguna preocupación en la mente, sin compañía ni diversiones, pensar en sí mismo todo el tiempo; y veremos [a] un hombre lleno de miserias”.⁷ Se podría sintetizar diciendo que, para el filósofo, la gran mayoría busca afanosamente placeres frívolos, mundanos, pasajeros con la finalidad de conjurar el tedio desolador.

Cabe preguntarse a esta altura qué otra explicación nos brinda Pascal en torno a la búsqueda ansiosa de las diversiones más allá del argumento de no ‘saber quedarse tranquilo en su cuarto’. Según Pascal el motivo más profundo de la situación de desgracia natural en el individuo se encuentra en su condición finita: debilidad, mortalidad e indigencia que se traduce en no saber ni de dónde viene, ni a dónde va. Solamente intuye que a partir de este mundo caerá para siempre en la nada o en las manos de un Dios malhumorado sin saber a cuál de estas dos exigencias debe estar ligado de manera permanente.⁸

5 Cf. *Ibid.*, p. 388 [136 – 139].

6 Cf. *Ibid.*, pp. 518-519 [522 – 140].

7 Cf. *Ibid.*, p. 391 [137 – 142].

8 Cf. *Ibid.*, p. 466 [427 – 194].

La miseria es tal que nada puede consolar al hombre y más cuando piensa en ello. Por tal motivo, lo único que lo logra evadir de esta condición es la diversión que es el “preciso bien” que logra hacer que no piense en su trágica realidad. Todo es válido como vimos más arriba: el juego, la caza, las obligaciones o cualquier otra actividad en la que la agitación y el alboroto reinen. Pascal nos dirá, sin la diversión el hombre no vive feliz.⁹ Por eso, la busca en todo momento y circunstancia. La conclusión que el hombre extrae de todo esto es que debe pasar todos los días de su vida sin pretender averiguar lo que le habrá de suceder.¹⁰

Las implicaciones ético-políticas que acarrea la diversión son varias y sombrías como consecuencia de su ingente fuerza dispersiva. Tenemos que el hombre se sustrae o huye de su vida miserable; se anestesia como individuo al sumirse “en el cálido y apático estupor de una colectividad que, como él quiere ser divertida”;¹¹ se hace dependiente y sujeto a turbaciones y aficciones; se llena de ocupaciones inútiles que lo mantienen siempre en el exterior; se pasa la vida anclado en una felicidad efímera que lo hace olvidar su dignidad: la de pensar.

La diversión es un acometido evasivo absorbente que, de acuerdo con Pascal, es cuestionable dado que se trata de una suspensión engañosa de sus promesas de felicidad, a través de una interrupción de la conciencia en su proceso de expansión. Lo más importante es enfatizar el hecho de que la evasión impide al individuo tener una profunda experiencia de la finitud y un conocimiento persuasivo de la muerte¹²

9 También se pueden encontrar en los *Pensamientos* fragmentos que nos presentan el lado positivo de la diversión. Ben Rogers ha resumido admirablemente este lado optimista de Pascal. A través de la diversión, los hombres se hacen más sociables “y de esta manera contribuye[n] a la paz y a la justicia terrenales [...]”; se sumergen de buena gana en los oficios que les ha asignado la suerte: soportan las peligrosas cargas del liderazgo, los deberes agotadores de la subordinación, los peligros inherentes a la guerra o el penoso trabajo de las labores domésticas” (Rogers, B., *Pascal*, Trad. María Cecilia Bernat de la Rosa, Santa Fe Bogotá, Editorial Norma, 1999, p. 65).

10 Cf. Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 466 [427 – 194].

11 Merton, T., *Cuestiones discutidas*, Trad. Josefina Martínez Alinari, Buenos Aires, EDHASA, 1962, p. 166.

12 Para Pascal la “muerte es más fácil de soportar sin pensar en ella” (Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 391 [138 –166]). La suspensión del sentido de mortalidad se logra si el hombre se mantiene permanentemente zaran-

que le permitiría tanto vivir con prudencia el tiempo real reflexionando en lo que realmente le incumbe como tener una apertura hacia el infinito (Dios) y cuestionar las visiones totalizantes mantenidas en la sociedad a través de las costumbres, la tiranía, la fuerza y la imaginación, como veremos más adelante.

El vivir la condición de miseria con autenticidad es posible. La primera vía se logra a través del “aburrimiento”¹³ ya que es una experiencia sentimental que le permite al individuo sentir el peso de los entretenimientos, apartarse de las múltiples seducciones del mundo y tomar conciencia de la vanidad de las cosas, incluyendo la de ser rey, que se presentan como necesarias o significativas. Una segunda ruta es el “fastidio”¹⁴, un sentimiento con cierta aproximación semántica a la anterior experiencia límite y que se produce cuando el individuo tiene que dejar una ocupación habitual frente a la seducción de un nuevo horizonte lúdico o dispersor que a su vez, en poco tiempo, lo fuerza a volver a su afán anterior. Un círculo vicioso corriente y ocasionador de un esfuerzo extremadamente fatigoso.

Tanto el aburrimiento como el fastidio empujarían al individuo a buscar opciones más vigorosas para darle sentido a su vida. Serían los dos pasos ásperos pero favorables para que entre en sí mismo, asuma plenamente su condición miserable, adquiera conciencia de las posibilidades de su verdadera naturaleza y, finalmente, se disponga a abrirse al infinito (Dios) que le trasladará a la plenitud de su ser. En este orden de ideas, nos parece acertada la opinión de Georg Lukács cuando señala que Pascal sólo plantea problemas morales “para crear un estado de espíritu a tono con su tiempo que le sirva de trampolín para dar el salto mortal a lo religioso”.¹⁵

deado por las ocupaciones o atrapado en las cosas exteriores en ausencia de la reflexión

13 Cf. Sciacca, M.F., *Pascal*, Trad. J. J. Ruiz Cuevas, Barcelona, Editorial Luis Miracle, 1955, p. 209.

14 Cf. Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 372 [79 – 128].

15 Lukács, G., *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, Trad. Wenceslao Roces, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1972, p. 91.

2. Salida del estado de tinieblas: la apuesta religiosa

De acuerdo con Pascal, si el hombre se propone salir de su estado de indefensión, de su ignorancia, de su búsqueda de consuelos ilusorios o de una vida inauténtica debe recurrir a la religión cristiana. El filósofo mostrará, a través de una defensa o apología (*apologie*),¹⁶ que dicha religión es la única que comprende la verdadera naturaleza del hombre, es decir, su pequeñez y su grandeza; la razón de una y de la otra, el pecado y la creación, por muy incomprensible que esto parezca. Al respecto nos dice que sólo esta religión “hace al hombre amable y feliz al mismo tiempo”.¹⁷

Es importante resaltar que para Pascal el hombre no podría encontrar su lugar en parte alguna sino en la comunidad de la Iglesia y en el orden de la caridad (amor). La primera porque es una institución que sobrevive a todas las ciudades de ilusión construidas por los hombres y la segunda debido a que trasciende todos los órdenes transitorios. En el fondo lo que Pascal quiere defender con su apologética, como acertadamente lo expresa Albert Béguin, es “devolver a la creatura su “estatura”, restituirle una “situación”, abrir ante su vista un panorama de ella misma susceptible de sustraerla del miedo”.¹⁸

Dentro del plan salvífico, esta religión se sustenta en una fe (*foi*) que, como palabra revelada, se configura en la confianza y suministra las máximas y las reglas justas de conducta que proporcionan certeza y verdadera comprensión de la existencia humana. Todo sin equívoco dado que la verdad se presenta de manera sencilla, permanente e inalterable para que sienta a Dios con el corazón.¹⁹ La fe enseña a poner las dos condiciones del ser humano en sujetos diferentes. Todo lo que

16 Una apología o defensa de la religión cristiana fue uno de los proyectos inconclusos de Pascal. Sin embargo, dejó muchos fragmentos en sus *Pensamientos*. Para la elaboración de la misma tomó de sus antecesores aquellos aspectos, textos, métodos, sugerencias o hechos relacionados con sus intereses. En “vez de proceder de la religión al hombre, él procedería del hombre a la religión”. (Bishop, M., *Pascal. Lavida del genio*, Trad. Mariano de Alarcón, México, Editorial Hermes, s/f, p. 328).

17 Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 463 [426 – 542].

18 Béguin, A., *Pascal*, Trad. Juan Almeda, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 66.

19 Cf. Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 463 [424 – 278].

existe de débil pertenece a la naturaleza, y todo lo que hay de poderoso pertenece a la Gracia (*Grâce*).²⁰

En este aspecto, la posición de Pascal es contraria o incompatible con las doctrinas filosóficas que se enzarzan, fustigan y destruyen entre sí, arruinando la verdad. La razón de esto es que los pensadores del mundo presentan aspectos contrarios en un mismo sujeto: unos atribuyendo la debilidad existencial a la naturaleza humana y otros, la grandeza a esa misma naturaleza. Por el contrario, tenemos en Pascal una unión nueva y sorprendente que únicamente Dios establece y que no es más que el efecto e imagen de la unión inefable de las dos naturalezas en la persona única del Hombre-Dios. Para el autor, sólo por la mediación de Jesucristo, el hombre puede presentir a un Dios dador de gracia, trascender sus penurias, conocer el sentido de la vida y de la muerte y, fundamentalmente, regresar a sí mismo. Este Dios no considera indigno de su condición divina sacar al hombre de su miseria²¹ a pesar de que por su infinitud se encuentre oculto (*Deus absconditus*) y no se pueda conocer su naturaleza.

En este momento habría que preguntarse qué salida tienen los incrédulos, descreídos los escépticos que no tienen la mirada en la religión. Pascal va a proponer la “apuesta” (*Le pari*)²² como un medio entre otros con la finalidad de hacer desear que la religión cristiana sea verdadera y de impulsar a un creyente a que desee creer. Se dirige a ellos en un lenguaje utilitario y probabilista, “incapaz de

20 El concepto de Gracia es clave en el pensamiento pascaliano. Con él Pascal quiere expresar, al estilo agustiniano, la relación esencial de Dios con el hombre. Una relación en la que la divinidad brinda su bondadosa misericordia que, como don gratuito, fortifica al hombre más allá de sus méritos, para que alcance su salvación.

21 Cf. Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 419 [239 – 510].

22 La concepción pascaliana de apuesta es polémica tanto que en la historia de la filosofía las opiniones se han dividido. Están los que sostienen que se trata de una propuesta válida para los no creyentes o escépticos porque toma en cuenta tanto lo religioso como lo científico (lo probabilístico). Del otro lado, tenemos a aquellos que piensan que se trata de una fórmula teórica fallida ya que: 1) la existencia de Dios es un problema relacionado con lo verdadero y no puede ser resuelto por medio de una creencia infundada; 2) la fe es un acto voluntario y no puede sustraer en su actualización de la duda metafísica; 3) no sólo es aplicable a la religión cristiana, sino que también puede ser válida para cualquier expresión religiosa.

convencerlos con argumentos convincentes, trata de persuadirlos por el cálculo de posibilidades; los inclina hacia el más allá valiéndose de un razonamiento arriesgado y simplemente plausible que, habida cuenta del margen de incertidumbre, sólo autoriza conjeturas verosímiles”.²³ Se parte de la idea de que no se tiene ninguna luz, de que no se sabe nada acerca de Dios, ni qué es, ni si existe, esto es, de que se permanece en un estado de contención entre la fe y la incredulidad. Se trata, en fin, de un “hacer como si...” en el que se muestran las contradicciones y los repliegues humanos.

La apuesta no es una prueba ontológica ni tampoco una demostración lógica de carácter absoluto. Pascal no pretende demostrar la existencia de Dios al estilo de San Anselmo. Su objeto es presentar a un Dios que no es asunto de la razón y que, según exista o no, se plantea la alternativa de pérdida o ganancia. Por tal motivo, para el filósofo es forzoso apostar (estar comprometido); no apostar “a favor” es de hecho apostar “en contra”: “existe el mismo riesgo de ganancia que de pérdida”.²⁴

Frente al destino no se puede ser neutro; el hecho de vivir de una manera u otra es tomar partido en pro o en contra de Dios. Es necesario que el hombre se arriesgue porque está en juego “una eternidad de vida y de felicidad”.²⁵ Como consecuencia de esta situación dilemática, Pascal plantea que es razonable creer en Dios porque si se gana apostando por su existencia se gana todo y si se pierde no se pierde nada.²⁶ En otros términos, si lo que el hombre gana es el infinito y lo finito es lo que arriesga, entonces, la apuesta tiene sentido. Aparte de que una vez que se haya decidido a apostar será fácil creer haciendo todo como si se creyera, “tomando agua bendita, mandando decir misas, etc.”.²⁷ La sinceridad no tiene porqué agotar la realidad anímica del ser humano.

Este enfoque de la apuesta refleja el interés de Pascal por el concepto de probabilidad. Ofrece, de esta manera, razones teóricas para la adopción de un artículo de fe dentro de los parámetros de la religión

23 Jankélévitch, V., *El perdón*, Trad. Núñez del Rincón, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1999, p. 145.

24 Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 460 [418 – 233].

25 *Ibidem*.

26 Cf. *Ibidem*.

27 *Ibid.*, p. 461 [418 – 233].

cristiana. No se recurre a la ciencia para solucionar aspectos prácticos y esenciales de la existencia. En paralelo con este punto de vista religioso existe una “apuesta política” pascaliana que se haya dispersa por sus escritos morales y teológicos, fundamentalmente, en los *Pensamientos*. La ventaja de este ámbito político es que en él se recogen aquellos puntos que configuran la vida inauténtica más allá del concepto emblemático de diversión y, además, se dan pautas del actuar individual y colectivo, adecuados en circunstancias de incertidumbre o perplejidad.

3. Huellas pascalianas para una apuesta política

La esfera política al igual que la religiosa es pensada por Pascal como una apuesta, a saber, como un dar por cierto algo, un mantener la confianza, un optar por algo, en síntesis, como un oportuno y pragmático impulso en los momentos de oscuridad, de incertidumbre, de duda, de angustia. Entre ambas apuestas existe una diferencia esencial dentro de su relación: mientras la primera se encuentra en el plano trascendente la segunda se halla en el immanente; una se orienta en lo infinito²⁸ y la otra en lo finito. En la apuesta religiosa, la salida de la inautenticidad se da a través de la fe, de la gracia y por mediación de Jesucristo. En cambio, en la apuesta política, la salida se ocasiona como fruto de una consciente y arriesgada intervención humana en los asuntos públicos.

En las dos apuestas también existe una interdependencia dinámica en la se expresan tres órdenes, de manera ascendente: el orden finito (el del cuerpo), el orden del espíritu (del pensamiento y de la ciencia) y el orden de la voluntad y del amor de Dios (caridad), como aparece en Jesucristo. Como cada una de ellas buscará tener dominio en las decisiones de los individuos, Pascal advertirá que la “distancia infinita

28 El concepto de infinito es central en Pascal. El hombre, como ser finito, puede entrever la existencia y la naturaleza del infinito por cuanto se encuentra inmerso en él. Sin embargo, no puede ni asignarle una extensión ni establecer su número. El filósofo llegará a plantear que “lo finito se anula en presencia de lo infinito y se convierte en pura nada. Lo mismo le sucede a nuestro espíritu ante Dios” (*Ibid.*, p. 458 [418 – 233]).

de los cuerpos a los espíritus representa la distancia, infinitamente más ínfima, de los espíritus a la caridad porque ésta es sobrenatural”.²⁹

A partir de este horizonte general, habría que decir que la apuesta política pascaliana parte del supuesto de que el “hombre es la única cosa que merece la pena de conocer enteramente, profundamente, radicalmente, antes que el resto del universo”.³⁰ Se habla de un ser que, dentro la sociedad, busca extraer de sus miserias las fuerzas necesarias para compartir con los otros proyectos comunes contingentes y, sobre todo, perfilar acciones válidas para contrarrestar las desviaciones de las costumbres, de la vanidad y de la imaginación. Fines que llevarán a Pascal a incursionar en unos pasajes antropológicos, filosóficos y sociales que trascienden su época.

Lo primero que encontramos es una concepción del ser humano extrema, paradójica y al mismo tiempo realista por cuanto nos lo presenta como “una caña que piensa”.³¹ Una metáfora sugerente en la que se recogen, en sentido amplio, los desgarros dialécticos o los pares miseria-grandeza, pequeñez-nobleza, flaqueza-privilegio, tiniebla-luz y razón-mundo, vale decir, todas las contradicciones asombrosas que se encuentran en la naturaleza humana. En fin, el hombre es un punto entre la nada y lo infinito (*rien-infini*); un animal-ángel que tiene que caminar trágicamente de un lado a otro a la vez (*utrumque*) entre Escila y Caribdis: miserias y desconciertos.

En este sentido, Pascal supera las concepciones cerradas tanto del filósofo estoico³² Epicteto que personificaba el orgullo o su énfasis en las potencialidades de la condición humana como la del escéptico Montaigne que, desde la indiferencia, resalta lo negativo. Dos grandes

29 *Ibid.*, p. 438 [308 – 793].

30 Sciacca, M.F., *Pascal...*, cit., p. 78.

31 Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 412 [200 – 347].

32 Pascal cuestionaba la soberbia del estoicismo, es decir, por la afirmación de que el hombre es un ser autosuficiente para conducir su vida y para establecer relación con los dioses. Sin embargo, como apunta Gonzalo Muñoz Barallobre, a Pascal le atraía de esta corriente “la combinación de [...] tres conceptos que también para él fueron decisivos: la necesidad de someterse a la voluntad de Dios, la constante presencia de la muerte como permanente posibilidad y la obligación de no perder nunca de vista estas dos afirmaciones para poder orientar de forma correcta la vida” (Muñoz B., G., *Pascal. El hombre es una caña que piensa*, España, Editorial Bonallettera Alcompas, 2015, p. 52).

filósofos que Pascal admiraba y en los que se deleitaba desde su juventud, según nos refiere Fontaine acerca de la entrevista entre Pascal y el señor de Saci.³³

El hombre es una “caña”: concepto con el que Pascal quiere enfatizar los límites humanos que son fruto de su caída en el pecado. En este ámbito de lo finito, el individuo es ser vacilante, frágil, una insignificancia en comparación con la naturaleza que lo integra. Tiene una inclinación hacia el amor propio (vanidad) y se haya atravesado por la ignorancia,³⁴ la duda y el desconcierto frente a su destino. Su vida es un transitar permanente por caminos tortuosos o lleno de riesgos y en la que debe decidir cada día con la conciencia de que no hay nada seguro y permanente ya que, en su micro-universo, lo infalible es sólo una cuestión de ilusiones al estilo de las sibilas.

En el ámbito social los hombres viven en el desconocimiento de sí mismos por permanecer en el exterior o en el dominio de las diversiones ofrecidas por el mundo. La unión que establecen está fundada en el engaño con su gemela la adulación. Las amistades no subsistirían si se supiera lo que unos dicen sobre los otros. Incluso, Pascal llegará a sostener que los “hombres se odian naturalmente unos a otros”.³⁵ Tenemos, entonces una realidad configurada por la ambición y por una exacerbada necesidad de reconocimiento en la que, de alguna manera, todos son “dignos de ser abandonados al espíritu de la mentira, unos para engañar, otros para ser engañados”.³⁶

En fin, la vida de un individuo es miserablemente corta... muere solo. Sin embargo, nos dirá Pascal que no es suficiente, conocer a este hombre en su estado de desnudez o en lo más incomprensible de su naturaleza. También hay que mirar hacia el otro lado que es motivo de fortaleza: el hombre “piensa”. Es grande porque a través de su pensamiento es consciente de su condición miserable. En palabras del propio Pascal: “el hombre sabe que es miserable. Es, por lo tanto, miserable puesto que lo es; pero es muy grande, puesto que lo sabe”,³⁷ un árbol

33 Cf. Pascal, B. y Villar Ezcurra, A., *Conversación con el Sr. de Saci*, Trad. Alicia Villar Ezcurra, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2006, p. 55 y ss.

34 Cf. Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 373 [83 – 327].

35 *Ibid.*, p. 414 [210 – 451].

36 *Ibid.*, p. 642 [973 – 919].

37 *Ibid.*, pp.381-382 [122 – 416].

no tiene esa posibilidad. Desde sus debilidades extrae fuerzas para establecer reglamentos admirables y encomiables cuadros de caridad³⁸ que evitan que se propague lo falso. A partir de esta constatación consideramos oportuno exponer la opinión que al respecto tiene Vladimir Jankélévitch, la situación de la criatura nunca es absolutamente trágica ni desesperada; “[...] el pensamiento [...] sobrevive como un supremo residuo y una invencible esperanza [...]; el desastre [es] casi total, y este casi es la grieta minúscula por la que de nuevo se precipitarán al abismo las grandes certezas”.³⁹

Como expusimos, esta visión antropológica pascaliana, más allá de sus cauces trágicos, se caracteriza por resaltar el sentido de apertura y de responsabilidad. El hombre está proyectado hacia el infinito por lo tanto nada de la inmanencia podrá convertirse en un obstáculo para el despliegue de su ser. Al estar solo todo depende de él: despreciarse o amarse en la incertidumbre. Pascal al respecto dirá: “que se odie, que se ame: hay en él la capacidad de conocer la verdad y de ser dichoso, pero no tiene verdad, o constante, o satisfaciente”.⁴⁰ Su pensar es un destructor de determinismos y caminos cerrados. Esta capacidad es imprescindible para moverse adecuadamente en el terreno socio-político donde imperan la fuerza y las apariencias.

El otro asunto que hallamos en la posición política pascaliana es la contextualización de su pensamiento. Se puede apreciar claramente que el autor está profundamente interesado en aquellos problemas esenciales que los hombres enfrentan cotidianamente. Se podría sostener que Pascal piensa, como lo apunta Maurice Blanchot, en la “existencia corriente, la existencia inauténtica y de poco sentido, en la cual, medio despiertos, medio engañosos, [los hombres se mantienen] en suspenso, dentro de una ilusión que no [cesan] de hacer duradera con una ciencia ciega y una testarudez perezosa”.⁴¹

38 Cf. *Ibid.*, p. 380 [118 – 402]. La caridad no significa exhibir buenas acciones, sino tener una disposición de la voluntad para el bien y la verdad.

39 Jankélévitch, V., *Lo puro y lo impuro*, Trad. José Luis Checa Cremades, Madrid, Taurus Ediciones, 1990, p. 168.

40 Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 381 [119 – 423].

41 Blanchot, M., *El diálogo inconcluso. Ensayo*, Trad. Pierre de Place, Caracas, Monte Ávila Editores, 1970, p. 170.

El diagnóstico de lo social en Pascal se caracteriza por la tensión entre el bien (bondad) y el mal, aunque con énfasis en este segundo aspecto de la dicotomía. Los conceptos que lo sintetizan son el “mundo” (*monde*) y la “vanidad”. El mundo, en sentido amplio, es el conjunto de las cosas existentes y con un significado estrecho representaría el espacio humano de las cosas contingentes. Según Pascal, se puede vivir separado del mundo o abandonarse totalmente a él. En el primer caso, es el mundo creado por Dios, donde debería reinar la autenticidad, la “práctica de la misericordia y el juicio”⁴² y un espíritu religioso y de caridad. En fin, una vida según lo pautado por la religión cristiana o de acuerdo con la búsqueda de Dios. En el segundo caso, representaría la demostración de la miseria y la impotencia del hombre.⁴³

De acuerdo con Pascal “todas las buenas normas de conducta están en el mundo: sólo falta aplicarlas”.⁴⁴ No obstante, la mayoría prefieren abandonarse en lo que se podría llamar mundalidad o en las actividades, comportamientos e intereses que se encuentran apartados de la vida religiosa o de la vida auténtica. Este mundano horizonte está dominado por la costumbre, la fuerza,⁴⁵ la imaginación, la ignorancia y distanciado de la verdad. La vida es agitada por las pasiones, la concupiscencia, las distracciones y lo más grave e importante “tiene como fundamento la debilidad”⁴⁶ que posibilita que los desarreglos humanos o las cosas sin sentido se transforman en razonables.

En opinión de Pascal una cosa es evidente, en esta cara del mundo reina la vanidad.⁴⁷ El que no quiera verlo “es también vano él mismo”.⁴⁸ He aquí el segundo concepto en el análisis del autor. El término *Vanité* tiene en el pensamiento pascaliano distintos significados que el contexto argumentativo los determina: vano, nulidad, futilidad, banalidad, vanagloria, ambición mezquina y deseo de reconocimiento. Este vicio afecta drásticamente tanto las acciones de los reyes, de los grandes, de los pirronianos, de los estoicos como de la gente sencilla, vale decir,

42 Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 484 [461 –584].

43 *Ibid.*, p. 484 [468 –562].

44 *Ibid.*, p. 522 [540 –380].

45 Cf. *Ibid.*, p. 525 [554 –303].

46 *Ibid.*, p. 359 [26 –330].

47 Cf. *Ibid.*, p. 357 [16 –161].

48 *Ibid.*, p. 360 [36 –164].

permea todos los estatus sociales más allá de sus condiciones económicas o niveles de poder. Como ha subrayado el propio Pascal: “la vanidad está anclada en el corazón del Hombre”.⁴⁹

La vanidad tiene muchos rostros o muchos medios de hacerse patente. La encontramos en aquellas religiones que desconocen al hombre, en la pintura que tiene una admiración hacia lo parecido en vez de lo original;⁵⁰ en la curiosidad desbordada con el afán de sustituir el misterio; en las atenciones sociales hipócritas cuya finalidad es molestar;⁵¹ en los razonamientos faltos de humildad; en el placer de mostrarse a los demás. Para cerrar, Pascal nos manifestará lo siguiente: el “que quiera conocer totalmente la vanidad del hombre no tiene más que considerar las causas y efectos del amor [...]. La nariz de Cleopatra, de haber sido más corta, habría cambiado la faz de la tierra”.⁵²

En el plano político, los efectos de la vanidad son nefastos porque llevan a aceptar como normal la apariencia o la mentira y así se afianza el orden establecido. Además, por su anclaje en la futilidad impide ver los orígenes tenebrosos de las estructuras sociales lo que lleva a justificar la fuerza sin justicia. Desde esta óptica, muchas veces el pueblo⁵³ respeta las leyes y la autoridad como fruto de una banal búsqueda de una aceptación social que se nutre de las fuerzas engañosas de la imaginación y de la costumbre, que son dos conceptos axiales en las esferas pascalianas ética y política.

La facultad imaginativa representa, para Pascal, tanto un potencial humano como un mecanismo distorsionador que ocasiona problemas en el plano privado y en el público. En cuanto a su condición de “orgullosa potencia” habría que apuntar, que la imaginación es una parte

49 *Ibid.*, pp. 539-540 [627-150].

50 Cf. *Ibid.*, p. 361 [40-134].

51 Cf. *Ibid.*, p. 360 [32-317].

52 *Ibid.*, p. 457 [413-162].

53 El concepto de pueblo pascaliano es bífrente ya que por un lado encontramos la idea tradicional de que se trata de un grupo que se diferencia de los filósofos con su carga negativa: ignorante, voluble, iluso y seducido por la diversión. Por el otro, le atribuye la capacidad de asociación con la que contribuye a la justicia o la paz y la habilidad para soportar “las peligrosas cargas del liderazgo, los deberes agotadores de la subordinación, los peligros inherentes a la guerra o el penoso trabajo de las labores domésticas” (Rogers, B., *Pascal*, Trad. María Cecilia Bernat de la Rosa, Santa Fe Bogotá, Editorial Norma, 1999, p. 65).

dominante en el hombre. Se podría decir que es su segunda naturaleza por lo que su derecho de persuadir lo realiza de manera voluntaria y dulce. El despliegue imaginativo dispone de todo lo que mueve al mundo, vale decir, crea la belleza, la justicia y la felicidad. En este sentido, tiene mucha fuerza, no se cansa y su mira no tiene límites. En su ámbito de influencia entran todos: cuerdos, locos, ricos, pobres, mujeres, hombres, filósofos e ignorantes. Solamente cuando entra la fuerza no se necesita de sus provisiones.

En su segundo sentido, la imaginación es la maestra del error y de la falsedad. Su fuerza es tan arrolladora que la razón tiene que ceder frente a ella o, mejor dicho, jamás la vence totalmente. Pascal llega a afirmar que la imaginación “es enemiga de la razón, que se complace en controlarla y dominarla para demostrar cuánto puede en todas las cosas”.⁵⁴ Aparte de que deforma la realidad agrandando las cosas pequeñas como el vértigo, la enfermedad o el amor propio, a saber, llena las almas de los individuos mediante la estimación fantástica y con una insolencia temeraria; con igual persistencia aminora las cosas grandes como las relacionadas con Dios.

Las otras consecuencias peligrosas de las fuerzas imaginativas tienen que ver con que hacen creer, dudar, negar la razón, suspender o avivar los sentidos. De hecho, aun cuando no se pretende volver cuerdos a los locos, logra hacerlos felices al margen de la racionalidad y a los filósofos los pone a titubear en un precipicio donde no existe ningún peligro que temer. Confunden a los hombres haciéndoles creer que se han “convertido desde que piensan en convertirse”,⁵⁵ logrando enredar imaginación y corazón. En el plano sociopolítico, la imaginación otorga la reputación, el respeto y la veneración a las personas, a las obras, a las leyes. El inconveniente de esto es que no se parte de su realidad sino de su apariencia; la necesidad se diluye en deseos para los pobres y beneficios para los tienen el poder o ejercen la fuerza. Lo anormal se vuelve cotidiano: se entroniza la costumbre.

En cuanto a la costumbre (*coutume*), Pascal la concibe, en sentido general, como un ámbito de problemas metafísicos, gnoseológicos y sociales debido a su historicidad. Además, la considera como una

54 Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 361 [44 – 82].

55 *Ibid.*, p. 642 [975 – 275].

segunda naturaleza del hombre⁵⁶ que lo lleva a realizar y creer la mayor parte de las cosas que hace. Gracias a su gran poder de persuasión se corre el riesgo de corromper la máquina⁵⁷ (la razón) aliándose con la imaginación. Por tal motivo, el filósofo francés insistió en que el hombre debe saber reconocer cuándo las costumbres son benéficas y cuándo, por el contrario, son obstáculos para alcanzar el infinito (Dios) en el plano individual y la justicia en lo social.

En su dimensión positiva, la costumbre es una forma de creer⁵⁸ y de conocimiento que les permite a los hombres tanto saber acerca de la realidad, de su mortalidad, de su moralidad, de su religiosidad o de que el sol saldrá mañana como de hacerlos capaces de comprender y aplicar cuestiones complejas en su vida cotidiana. También, la costumbre influye en las creencias, ya que las pruebas sobre éstas se hacen más fuertes, más creíbles o más convincentes. La repetición de las creencias y de los actos (*habitudes*) da cierta seguridad⁵⁹ porque hace que no se tenga que recurrir siempre a la razón.

Aun cuando Pascal plantea que a los hombres les conviene vivir de acuerdo con las costumbres⁶⁰ y las leyes que rigen su entorno social, no deja de insistir en los peligros que acarrea su ciega aceptación por el solo hecho de su antigüedad. El más grave es que inclinan al ser humano hacia el automatismo, es decir, que arrastran su espíritu sin que éste se dé cuenta de ello o se percate de su verdadero actuar y el de la sociedad. Esto es posible por cuanto las costumbres ocultan su origen, su configuración y arbitrariedad detrás de lo rutinario o de lo que se ha normalizado con el paso del tiempo. En otros términos, las costumbres “no son morales, pero constituyen otras tantas obligaciones doradas o prescripciones arbitrarias”.⁶¹

De no tomar en cuenta estos aspectos, nos dirá el filósofo, se aceptarán como verdades o como acciones normales la imposición del

56 Cf. *Ibid.*, p. 382 [126 – 93].

57 Cuando Pascal utiliza el concepto de máquina (*machine*) lo hace como equivalente al sentido cartesiano de hombre o de razón.

58 Cf. *Ibid.*, p. 575 [808 – 245].

59 Cf. *Ibid.*, p. 517 [516 – 880].

60 Cf. *Ibid.*, p. 368 [60 – 294].

61 Valadier, P., *Elogio de la conciencia*, Trad. José Manuel Vidal, Madrid, Editorial PPC, 1995, p. 75.

terror, las decisiones injustas, los desmanes de los gobernantes. Además, se dejaría “abierta la puerta no solamente a la máxima dominación, sino a la máxima tiranía”⁶² como en el caso de la desigualdad entre los hombres cuando se pasa de considerarla como una realidad histórica a calificarla como un medio para intereses políticos. El mantener una posición de alerta debe partir del hecho de que los nobles siempre buscarán destruir a “los curiosos examinadores de las costumbres aceptadas”.⁶³

Como tercera y última huella que se ha considerado de la apuesta política pascaliana es su carácter crítico. La crítica (*critique*) es tomada por Pascal aparejada tanto con la idea de “derribar” como con la de “comprender”⁶⁴ y la de arremeter contra lo que se salga de lo establecido: “criticáis todo”.⁶⁵ Su pensamiento se rige por las dos primeras funciones. Se vale de este recurso intelectual de distinción para desmontar, como ya mencionamos, el automatismo que produce la costumbre, las distorsiones frutos de la imaginación, la tiranía y los abusos en el uso de la fuerza en la política. Igualmente, arremete contra la indiferencia o la quietud de los individuos frente a asuntos de trascendencia que les conciernen en su vida privada y pública.

Ataca el optimismo racionalista⁶⁶ cartesiano o ese intelectualismo fáustico que, desde un espíritu geométrico, se ufana tanto de establecer

62 Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 522 [540 – 380]. De acuerdo con Pascal, la tiranía “consiste en el deseo de dominación, universal y fuera de orden [o...] en querer por un medio lo que no se puede obtener por ningún otro” (*Ibid.*, pp. 366-367 [58 – 332]). El filósofo da varios ejemplos de cómo se pasa tiránicamente de un orden a otro. Así, tenemos el paso de la presencia pública a la exigencia de reverencia; de la fuerza al requerimiento de aceptación; de lo público a la invasión de lo privado, entre otros.

63 *Ibid.*, p. 368 [60 – 294].

64 En uno de los fragmentos, Pascal dice lo siguiente: “[p]ara criticar las profecías hay que comprenderlas” (*Ibid.*, p. 429 [274 – 642]).

65 *Ibid.*, p. 609 [916 – 920].

66 Cuando Pascal cuestiona a la razón, lo hace con un sentido limitado para describir una operación analítica, deductiva o abstracta de la mente, tal como se puede encontrar, por ejemplo, en la geometría. La razón tiene su propio campo de acción: las matemáticas y las ciencias naturales (filosofía natural). En estos campos se haya el conocimiento de los primeros principios firmes tales como “espacio, tiempo, movimiento, número” (*Ibid.*, p. 379 [110 – 282]). Desde esta perspectiva científica es incapaz de establecer una ‘ciencia’ del hombre ya que, sin la luz de la religión cristiana, el hombre no puede conocerse cabalmente a sí mismo. De

leyes para el dominio del mundo como de instaurar una moral universal para hacer feliz al hombre. Se parte del falso presupuesto de que la naturaleza y el hombre tienen los mismos esquemas mecánicos comprensibles para la razón. Pascal sostendrá que la razón⁶⁷ tiene poco que decir acerca de los intereses fundamentales del hombre y la filosofía, que es su expresión más acabada, posee escaso valor para el conocimiento de Dios.

En una misma línea crítica refuta, en las cartas *Provinciales*,⁶⁸ el laxismo (relajación)⁶⁹ moral de los jesuitas y sus principios casuísticos y probabilísticos que perjudican el verdadero sentido de la fe y la gracia divina. Para contrarrestar esta desviación invoca “la autoridad de la Revelación, de la Tradición y de la Iglesia. Recurre también, y sobradamente, al más simple buen sentido”⁷⁰. Finalmente, fustiga las ilusiones de los que sustentan el “derecho natural” porque al no tomar en cuenta los diversos contextos tomarán las convenciones, leyes, normas parciales y hasta caprichosas como la encarnación de una justicia universal o eterna.

Frente a todo esto, Pascal va a brindar propuestas éticas y políticas transitorias que van desde que hay que saber vivir dentro de los límites de las costumbres para garantizar la paz social; aprender a frenar el ímpetu de la imaginación para impedir los funestos resultados que provoca en la esfera privada y pública; estar consciente del alcance de la

esto se comprende la siguiente afirmación pascaliana: “[c]onocemos la verdad, no solamente por la razón, sino también por el corazón” (*Ibidem*).

67 Se podría sostener que Pascal es un verdadero precursor en cuanto a establecer límites a la razón. En otros términos, los aportes teóricos que al respecto formularon Immanuel Kant, Max Weber, Theodor W. Adorno, Max Horkheimer y, más recientemente, la corriente post-moderna se pueden explicar a partir del espíritu pascaliano.

68 Véase, fundamentalmente la “Cuarta carta escrita a un provinciano”.

69 Es muy probable que Pascal considerara que las reglas morales debían ser obligatorias o realizadas por todos los hombres, en cualquier situación y en toda su pureza. Sin embargo, esta buena intención lo llevó, según algunos críticos, a un “rigorismo” que no toma en cuenta las situaciones concretas que enfrentan los seres humanos. De este modo, Pascal será admirado o criticado de acuerdo con el sentido que se dé al término moralista. El propio filósofo ya había sostenido que “las cosas son verdaderas o falsas según el lado que se las mira” (*Ibid.*, p. 522 [539 – 99]).

70 Béguin, A., *Pascal...*, cit., p. 31.

razón (*raison*) y del corazón y asumir la condición de miserable dentro del horizonte de la gracia.⁷¹

Más allá de si se está de acuerdo o no con estos cuestionamientos pascalianos, lo importante es señalar que la crítica del filósofo francés es incisiva, vigilante y cargada de humor, ironía o sarcasmo, dependiendo del asunto tratado. Que logra conciliar la razón, la realidad o la vida cotidiana y la fe atribuyendo a cada una su dominio sin tiranía. Del mismo modo, consigue aunar la retórica apologética, la pasión del religioso y la lógica del hombre de ciencia ya que como plantea, con razón, Jean Mesnard: “[n]o es posible oponer radicalmente el científico al hombre del mundo; el científico o el mundano al cristiano; Pascal ha sido siempre, de diferentes modos, científico, mundano y cristiano”.⁷² Con todas sus capacidades y tácticas abordó aquellos asuntos de importancia en múltiples ámbitos del quehacer humano. Detrás de cada faceta se encuentra un apasionado y original combate contra lo falso, lo aparente y lo determinista.

Se ha reconocer que la concepción política pascaliana, desde una perspectiva general, se inscribe en una apologética religiosa respaldada por una visión jansenista⁷³ en la que se enfatiza tanto el carácter absurdo del mundo, una concepción antropológica pesimista como un enfoque de la felicidad humana como vanidad. Aunado a estos elementos de perfil negativo muchos comentaristas o críticos sostienen la posición asumida por Pascal, en relación con el ámbito público, tiene un sentido “conservador”. Se basan en la cantidad de fragmentos en los que el filósofo francés insiste en que la sociedad se conforma por hábiles y ciegos y que se debe engañar al pueblo, es decir, que se le ha de

71 Al respecto Pascal nos dirá: “El hombre no es más que una criatura llena de error natural e indeble sin la gracia” (Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 364 [45–83]).

72 Mesnard, J., *Pascal. El hombre y su obra*, Trad. Pedro López Cortezo, Madrid, Editorial Tecnos, 1973, pp. 191-192.

73 La postura jansenista que Pascal defiende en *Las Provinciales* permeará todo su pensamiento filosófico. Basado en la obra *Agustinus* del teólogo flamenco Janseño (Cornelio) y apoyado documentalmente, entre otros por Antoine Arnauld. En esta obra sostiene que es ineludible la supremacía de la Gracia para la salvación y que el pecado original es el causante de la corrupción profunda de la naturaleza humana. Sin embargo, debemos advertir que el jansenismo es más una corriente plural que una doctrina unívoca. Para un estudio minucioso con respecto a este tema tan polémico, véase: Valadier, P., *Elogio de la...*, cit., pp. 55-101.

mantener alejado de los orígenes de las costumbres y del surgimiento de la usurpación o del poder de los reyes.⁷⁴ La finalidad es mantener el orden a toda costa o evitar los cambios bruscos, radicales (revolución, sedición).⁷⁵

El filósofo Lucien Goldmann ha querido matizar la cuestión al plantear que la actitud política de Pascal es "indudablemente conservadora pero no por respeto por el orden o por la ley, sino por el carácter radicalmente atemporal de la posición trágica".⁷⁶ Nosotros pensamos que no es necesaria esta defensa por cuanto también se encuentra una gran cantidad de fragmentos que nos presenta al Pascal impugnador de las injusticias y de los mecanismos de manipulación o de control.

Lo que hemos querido resaltar es que Pascal nos legó las huellas para solventar los escollos existenciales a partir de la idea de fondo de que el hombre es responsable tanto de los problemas como de las posibles soluciones. Tiene razón Manuel Ballesterio cuando nos señala que los "dos aspectos, pesimista y utópico, de la experiencia van íntimamente ligados, como anverso y reverso de una misma realidad, de manera que el hombre en la insatisfacción y en el dolor de su condición ve brillar su *realiza ausente*".⁷⁷

Estas sendas son como las huellas de una apuesta política en donde se perfila una manera de actuar en una sociedad y se ofrece una filosofía de la vida en la que se mezclan, audazmente, los aspectos descriptivos y normativos. Aquí, Pascal impele a todo ser humano a que, independientemente de las circunstancias, no se debe vivir de forma inauténtica, o sea, solapando o engañando a través de la dispersión las dimensiones de su condición humana: su miseria y su grandeza. Esto debido a que una es productora de desdicha, inquietud e infelicidad; la otra es el horizonte infinito de posibilidades o de equilibrios en todos los espacios existenciales. Vivir es la tensión permanente de estas dos exigencias.

74 Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 368 [60 – 294].

75 Para una aproximación de mayor alcance en torno al conservadurismo político pascaliano véase Béguin, A., *Pascal...*, cit., pp. 115-128.

76 Goldmann, L., *El hombre y lo absoluto*, Trad. Juan Ramón Capella, Barcelona, Ediciones Península, 1968, p. 364.

77 Ballesterio, M., *Crítica y marginales. Compromiso y trascendencia del simbolismo literario*, Barcelona, Barral Editores, 1974, p. 31. Las cursivas son del autor.

Para fortalecer esta línea, Pascal insistirá en mantener un estado constante de vigilancia en función, como diría Charles Taylor “[de una] promoción de la vida corriente”.⁷⁸ Las diversiones, la vanidad, la fuerza y las costumbres se pueden transformar en cotidianos vicios desorientadores o manipuladores si los individuos dejan de colocarlos en su justa funcionalidad y contingencia. En tal sentido, la crítica es imprescindible porque coloca al individuo en una situación límite: nada fuera de Dios es absoluto. Las filosofías, las expresiones de poder, las tradiciones, los señuelos de la vanidad son experiencias parciales que no deben eclipsar, en ningún caso, la libertad. El hombre en su difícil recorrido hacia sí mismo debe ejercitarse para resistir los embates de los mecanismos distorsionadores.

Pensamos que este entramado teórico pascaliano conserva, para la generación actual, su fuerza orientadora y su carga política realista. Decimos esto aun cuando los aspectos analizados por Pascal como los causantes de la vida inauténtica no tienen hoy las mismas facetas e incluso han surgido otros nuevos. En todo caso en las conclusiones que siguen nos detendremos a esbozar el nuevo rumbo que ha seguido el espíritu de la diversión. En esto nos mantenemos en sintonía y actualizamos el concepto emblemático que al respecto Pascal nos legó.

Conclusiones: los nuevos rumbos de la diversión

Como hemos podido apreciar en este recorrido teórico, la “diversión” en Pascal constituye un concepto-eje que le permite amalgamar las diferentes facetas de su concepción filosófica, religiosa y política. Por tratarse de una actividad humana envolvente, de un remedio desesperado que eclipsa en el ser humano la conciencia de sus límites y de su muerte —partes constitutivas de su naturaleza—, nosotros hemos querido reflexionar acerca de cómo funciona el divertirse en la actualidad, en qué se diferencia del analizado por Pascal, cuáles son sus nuevas expresiones y qué implicaciones éticas y políticas acarrea.

Cuando Pascal utiliza el término de diversión está pensando, como ya expusimos, en una gama de actividades —negocios, la caza, el juego,

78 Taylor, C., *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Trad. Ana Lizón, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1996, p. 230.

los bailes— que sus contemporáneos realizaban afanosamente para cubrir parte del tiempo en su vida cotidiana. Las diversiones se escogían de acuerdo con el estatus social, capacidad económica, disponibilidad temporal, horizonte cultural y entorno geográfico. Eran entretenimientos que, en sus aspectos positivos servían para crear lazos sociales, dar sentido de pertenencia, disponer de un lapso de ocio diferente al del trabajo o labores rutinarias. No solamente cubrían una parte de sus quehaceres diarios, esto es, no instauraban una “orientación de vida global” sino que eran fugas o evasiones para que el individuo pudiera combatir el aburrimiento, eclipsar el pensamiento de la muerte y conjurar sus miserias. En fin, la distinción entre una vida inauténtica de una auténtica formaba parte de la evaluación social.

Esas diversiones tradicionales se caracterizaban por seguir una serie de rituales sociales que en el presente carecen de un renovable atractivo. Se podría sostener que en estos “tiempos líquidos” han perdido su fuerza persuasiva porque representan una parte mínima y casi simbólica de un proteico o complejísimo entramado existencial de dispersión y de una pantagruélica vida de consumo. Los individuos “post-modernos” participan en un remolino interminable de intercambios humanos tangenciales y de metamorfosis de identidad en donde lo importante es figurar, estar a la vista de todos y en ser viral. Lo efímero toma el mando como el monstruo hegemónico que sustituye la verdad o lo importante. La vida se diluye en variopintos fragmentos placenteros que absorben la temporalidad sin dejar espacio para el reposo. Solamente vale la inquietud por hacer “algo”, el ajetreo compulsivo, el cambio continuo de encantos. El estancamiento queda prohibido y el misonéismo o el odio a lo nuevo es inconcebible. Se vive en otro paradigma: la sociedad del pasatiempo perenne.

En esta nueva realidad, el lado negativo de la diversión, analizado por Pascal, desaparece. El distraerse, el apartarse, el desviarse ya no se contraponen a algún sentido de la vida o a algún tipo de criterio ético. Ahora, la moda es aprender a fastidiarse como un paso de transición rápido para estar a tono con las novedades. El aturdimiento se normaliza y la confusión y la bruma oscurecen o hacen inútiles las valoraciones

tradicionales. El “yo saturado”⁷⁹ es el ideal y no una síntesis de problemas —de moral unitaria, de verdad objetiva— como lo ha presentado Kenneth J. Gergen. La “libertad” es un pulsar una multitud de escogencias fugaces entre innumerables estímulos e informaciones. La idea es no cuestionar sino asimilar y disfrutar. No hay espacio para la crítica y la reflexión que son reposos innecesarios e incluso obstáculos para la fluidez vital. La soledad queda vencida porque siempre se participa en “algo” colectivo: exteriorización existencial. El individuo es sólo un eslabón en la dinámica lúdica.

Frente a esta situación englobante y de frenética vorágine pareciera que un filósofo como Pascal no tuviese nada que decir; que traerlo al presente es absurdo o anacrónico. No obstante, sus alertas, sus intuiciones, sus recomendaciones y, especialmente, sus huellas políticas estratégicas siguen teniendo, globalmente, su peso persuasivo dentro la inmanencia de un mundo complejo como el nuestro.

Estamos claros en que es muy difícil romper el cerco del mimetismo colectivo dentro de una sugestión general persistente. Aparte de que los anzuelos hedonísticos y retóricos abarcan todos los espacios del actuar humano. Sin embargo, Pascal nos recuerda que, aunque las miserias humanas adquieran dimensiones funestas, el hombre podrá franquear sus límites porque siempre estará a su alcance, si se lo propone, mirar hacia el horizonte natural de su grandeza: el deber de pensar.

La grandeza humana representa el ámbito ontológico de resistencia interior. Su expresión es un pensamiento sutil que, como una especie de luz natural, le hace tomar conciencia al hombre —a diferencia de los animales— no solamente de sus debilidades, sino que a la vez le abre el camino hacia el infinito (Dios) y el finito auténtico. En este sentido, no se trata de un pensamiento, exclusivamente, argumentativo sino de uno más relacionado con la voluntad, con la intuición, con un conocimiento de principios, con un movimiento de interés y deseo que dirige el entendimiento y que Pascal sintetizó con el concepto de “corazón” (*le coeur*).⁸⁰ Esta forma de saber se convierte en una especie de juez de

79 Cf. Gergen, K.J., *El yo saturado. Dilema de identidad en el mundo contemporáneo*, Trileandro Wolfson, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1991, pp. 75-114.

80 El término corazón, en el pensamiento pascaliano, no tiene un sentido definido o unívoco. En unos momentos Pascal lo emplea como sinónimo de voluntad. Otras veces, lo utiliza como una especie de instrumento inmediato de

todas las cosas y de sustento valorativo: el hombre puede rechazar lo falso que se entroniza por la fuerza y, también, lograr conjurar tanto el escepticismo como la vanidad.

En fin, Pascal nos instiga, a través de su apuesta política, a evaluar el mundo exterior desde el interior⁸¹ y a no quedar atrapados en una vida inauténtica o tiranizada por la diversión que impide la realización individual y la actuación responsable en los asuntos públicos. Nos avisa que, sin una activa vigilancia de los vaivenes cotidianos y un compromiso por la ampliación y despliegue de la condición humana, la vida es realmente miserable.

MSc. Jesús Ojeda
Instituto de Filosofía
Universidad Central de Venezuela
jesusojeda.filosofia@gmail.com

conocimiento de los fundamentales y primeros principios. Finalmente, en algunos casos lo toma con el significado movimiento de deseo e interés que orienta la mente hacia determinado objeto. En todo caso, la palabra corazón no se reduce a emoción. Esta capacidad de sentir con el corazón que Pascal llama espíritu de fineza (*esprit de finesse*) se refiere al problema esencial del hombre: decidir acerca de su propia existencia (problema ético-religioso con implicaciones políticas). Según Pascal la “grandeza del alma humana consiste en saber mantenerse en él” (Pascal, B., *Obras. Pensamientos. Provinciales...*, cit., p. 537 [518 – 378])